

El Evangelio según la comunidad de San Lucas

En una ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús contestó:

- "¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera."

Y les dijo esta parábola: "Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Dijo entonces al viñador: "Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?"

Pero el viñador contestó: "Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Sino, la cortas"."

Reflexión al Evangelio – *¿Para qué una higuera estéril?*

Jesús se esforzaba de muchas maneras en despertar en la gente la conversión a Dios. Era su verdadera pasión: ha llegado el momento de buscar el reino de Dios y su justicia, la hora de dedicarnos a construir una vida más justa y humana, tal como la quiere él.

Según el evangelio de Lucas, Jesús pronunció en cierta ocasión una pequeña parábola sobre una «higuera estéril». Quería desbloquear la actitud indiferente de quienes le escuchaban, sin responder prácticamente a su llamada. El relato es breve y claro.

Un propietario tiene plantada en medio de su viña una higuera. Durante mucho tiempo ha venido a buscar fruto en ella. Sin embargo, años tras año, la higuera viene defraudando sus expectativas. Allí sigue, estéril en medio de la viña.

El dueño toma la decisión más sensata. La higuera no produce fruto y está absorbiendo inútilmente las energías del terreno. Lo más razonable es cortarla. «¿Para qué va a ocupar un terreno en balde?».

Contra toda sensatez, el viñador propone hacer todo lo posible para salvarla. Cavará la tierra alrededor de la higuera, para que pueda contar con la humedad necesaria, y le echará estiércol, para que se alimente. Sostenida por el amor, la confianza y la solicitud de su cuidador, la higuera queda invitada a dar fruto. ¿Sabrá responder?

La parábola ha sido contada para provocar nuestra reacción. ¿Para qué una higuera sin higos? ¿Para qué una vida estéril y sin creatividad? ¿Para qué un cristianismo sin seguimiento práctico a Jesús? ¿Para qué una Iglesia sin dedicación al reino de Dios?

¿Para qué una religión que no cambia nuestros corazones? ¿Para qué un culto sin conversión y una práctica que nos tranquiliza y confirma en nuestro bienestar? ¿Para qué preocuparnos tanto de «ocupar» un lugar importante en la sociedad si no introducimos fuerza transformadora con nuestras vidas? ¿Para qué hablar de las «raíces cristianas» de Europa si no es posible ver los «frutos cristianos» de los seguidores de Jesús?

José Antonio Pagola

Culto al tiempo

Nos despertamos a la hora exigida, con el sonido de una alarma. Empezamos rutinas que tienen que encajar con las indicaciones del reloj. Muchas de las actividades que tenemos están pautadas, fragmentadas y perfectamente administradas en tramos pre-definidos.

Todo tiene una duración estipulada. La jornada laboral, las clases, el tiempo para el descanso, la sesión en el gimnasio, la duración de un capítulo de la serie de Netflix. Y esto va colonizando otras áreas de nuestra vida. Medimos el tiempo que dedicamos a la oración, a la lectura, elegimos la misa que no dura más allá de la hora prevista, vamos a dar un paseo y ya tenemos hora de llegada en la cabeza. Algunos smart-phones ahora te sacan estadísticas del tiempo empleado en distintas actividades, y , si te dejas y no desactivas esas funcionalidades, te van haciendo competir contra ti mismo para ¿mejorar? Pocas cosas hacemos sin tener que mirar al reloj o a la pantalla del móvil para que nos diga cómo vamos de tiempo.

¿Cuándo dejamos de ser señores de nuestras jornadas para convertirnos en súbditos de la agenda? ¿Cuándo renunciamos a la libertad de perder el tiempo? ¿Cuándo los minutos sustituyeron a las horas, y estas a los días, en la medida de nuestra existencia? ¿Cómo hemos llegado a rendir culto al tiempo?

Quizás esto no es de ahora, sino un largo proceso de siglos (acelerado, como tantas otras cuestiones, en las últimas décadas). Ya cantaba el Eclesiastés que todo tiene su tiempo, o que hay un tiempo para cada cosa. Sin embargo, no creo que en su caso fueran segmentos tan escrupulosamente medidos, pautados y fragmentados.

Me pregunto si no será tiempo de conquistar una libertad diferente. Si no tenemos que ir venciendo a la tiranía del reloj, a la exigencia de inmediatez, a la constante presión del instante, a nuestras jornadas amaestradas... y volver a bailar al ritmo de dentro.

El metrónomo

Para aquellos que hemos estudiado alguna vez algún instrumento musical, sabemos que el metrónomo es un elemento esencial para el estudio. A la hora de ejecutar una pieza musical, conviene ensayarla a tiempo constante, no sea que al afrontar tramos fáciles de la partitura corramos más y cuando la cosa se vuelve difícil el ritmo se ralentice demasiado y perdamos el ritmo de la pieza musical. Asumo que pensar en Dios como metrónomo puede dar a entender cierto aire mecanicista, como de robot. Pero ni mucho menos: nos abre a una metáfora de la vida que puede ser muy inspiradora.

En primer lugar, implica dejar que sea Dios quien marque el ritmo de nuestra vida: no soy yo quien decido que algo ocurra rápido o lento porque así me apetece. No soy el centro de mi vida: si quiero que Dios lo sea, acoge el ritmo que Él te plantea.



En segundo lugar, implica –y eso ya es más difícil– captar cuál es la velocidad adecuada para vivir cada momento de nuestra vida. ¡Claro! Si queremos vivirlo desde Dios. Hay quienes piensan que un ritmo lento pero seguro nunca falla: y se mueren de aburrimiento. Pero hay quienes piensan que la velocidad hace buenas las cosas: y no paran de fallar pisando a los otros sin tiempo para escuchar la música que suena a su alrededor.

Es ésta la imagen de Dios y a la vez una invitación para nuestra vida: no sólo es importante el TIEMPO que escojamos. También es importante el TEMPO de nuestra vida (porque la música habla de tiempos y tempos): un tempo que permita reconocer que Él nos precede en nuestra vida; un tempo (lento, ágil o rápido cuando convenga) que nos permita reconocerle como Señor de nuestra vida. Un tempo que la comunidad ayuda a confirmar o corregir. Aplicándolo a nuestra vida significa estar familiarizado con las siguientes preguntas: ¿adónde voy y a qué? y ¿cómo Dios se me ha hecho presente en este día?

Enric Puiggrós, sj